



EXPERIENCIAS

Que veinte años no es nada, pero veinticinco, sí...

CRISTINA GARCÍA FERNÁNDEZ

Coordinación Bibliotecas Públicas Municipales de Cártama

Son muchos días. No tengo el cálculo exacto, por pereza (y por no asustarme de la cantidad matemática resultante). Después de tanto tiempo, han pasado muchas cosas. Hacer un balance en unas líneas no es imposible, pero es muy difícil.

El enfoque puede ser tan variado como las emociones en las que puedo situarme para empezar a escribir ese balance, el balance de la andadura de la Biblioteca de Cártama Estación durante sus veinticinco años de vida, de la que he sido testigo. Balance de su Vida. Pero de Vida así, con mayúsculas, porque una biblioteca tiene Vida.

Podría contar lo que se ha hecho en este tiempo, recordar cómo fue la primera vez que entré en la biblioteca y me sorprendió la luz natural que se filtraba por su claraboya; cómo el mobiliario estaba dispuesto de otra forma a la actual; cuántos ejemplares había; cómo trabajaba sin contar con un ordenador, sino con una máquina de escribir y fichas de cartulina para todo, y cuando solicité un ordenador parecía que había pedido un equipo íntegro de la NASA; cómo las actividades eran más bien esbozos, y nombrar aquí todas las realizadas sería una relación de actividades más, porque, al fin y al cabo, todos hacemos actividades; cómo las estadísticas aportaban números minúsculos; que el primer usuario fue un joven altísimo que no conocía porque yo no era de Cártama y a día de hoy es uno de mis mejores amigos; cómo tenía que abrir el camino yo sola porque pocos sabían qué tenía que hacer realmente en la biblioteca y precisaba contactar con el entonces Centro Coordinador para crear ese sendero que hiciera funcionar el servicio; cómo viví, con la mayor consternación e impotencia, un incendio intencionado que calcinó la biblioteca y que la mantuvo en un coma simbólico durante más de un año, con unas secuelas terribles, y que aún me duele recordarlo; y cómo, poco a poco, la biblioteca es lo que es hoy. Pero creo que contar todo aquello es lo esperable en un artículo como este, y he preferido optar, más que por un relato de datos y hechos, por la recolección de algunas recomendaciones, que son fruto de la experiencia, a la que considero variada y singular. Es como ofrecer un legado de ideas a quien le pueda interesar.

Como en la biografía de cualquier persona, en la Vida de una biblioteca podemos señalar y describir épocas, edades, momentos, definidos por circunstancias externas, o por circunstancias internas, o por ambas. Y hay épocas negras y duras de recordar, y épocas felices y memorables. Pero, insisto, son demasiados datos, demasiadas historias, demasiadas anécdotas, demasiados recuerdos para ser resumidos en unas páginas con palabras, que no siempre reflejan la trascendencia real de lo narrado.

Lo que concluyo, pues, en este aventurado escrito, y que dirijo, principalmente, a bibliotecarios de bibliotecas públicas municipales que estén empezando, es un puñado de ideas y sugerencias por si pueden serles de utilidad. No son novedades, ni panaceas. En realidad está todo ya inventado. Son mi decálogo personal tras veinticinco años de trabajo. Para la biblioteca y para la Vida.

- La biblioteca es algo más que un inmueble con mobiliario, libros y materiales que, a partes iguales, o en dosis distintas, según el caso, aportan información, formación y ocio. Y es algo más que esos objetos porque lo más importante, que a veces olvidamos señalar en la definición de biblioteca, son los lectores, sin olvidar a los bibliotecarios [i] (evidentemente me refiero a bibliotecarios y bibliotecarias), como *mediador* entre el libro y el lector. Tienen que saber poner luz a lo que hay en sus estantes. Deben mostrar, por tanto, las posibilidades del libro (o del material no librario) de las formas imaginativas que se le puedan ocurrir, para que el libro no se encasille, para que no se difumine en las estanterías. Siempre hay un lector para cada libro (aunque pensemos que algunos libros nadie los va a leer...). Como decía Larra: “Por grandes y profundos que sean los conocimientos de un hombre, el día menos pensado encuentra, en el libro que menos valga a sus ojos, alguna frase que le enseña algo que ignora”. Tenemos que propiciar ese encuentro.
- Solemos pensar que el fondo de la biblioteca es insuficiente, que es obsoleto, que es innecesario... Queremos el mejor fondo en nuestras estanterías. Si está en nuestras manos incrementarlo, actualizarlo, desecharlo, o lo que sea que necesite, procedamos a mejorarlo. Pero si no está en nuestras manos, *valoremos* lo que tenemos, y busquemos especies de discursos expositivos para que esos libros salgan del encubrimiento de los estantes, y mostremos sus portadas y no sus lomos. Démosles una oportunidad de ser conocidos. Ayudemos a que el feliz encuentro ocurra. Igual podemos hacer con nosotros mismos, con esas capacidades que tenemos las personas, algunas innatas, otras adquiridas. Unas conocidas y reconocidas, otras en eterno letargo dentro de nuestro interior. Dejémoslas salir. Pongámoslas en valor, aunque creamos que puedan no ser interesantes. Nadie sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta.

i El término “bibliotecarios” (y otros términos a lo largo del texto) hace referencia al género *gramatical* de la palabra, y en castellano el género gramatical masculino es la forma no marcada o inclusiva, por eso la empleo.

- Estoy convencida de que la biblioteca es imbuida por el *alma* de los bibliotecarios. Aunque estén al frente de la biblioteca por un corto espacio de tiempo, la biblioteca se dejará seducir por las cualidades de esas personas. Por mucha objetividad que procuremos emplear en nuestra actuaciones, nuestra impronta calará en los detalles. Como en cualquier profesión, sobre todo en aquellas en las que la atención al público es fundamental, nuestro bienestar interno ayudará a nuestro día a día. El “otro” (usuarios, compañeros, responsables municipales...) asoma a nuestro trabajo de forma no casual, brindándonos la oportunidad de que mejoremos como personas. Si algo no me gusta de esa “otra” persona, debería preguntarme en qué medida soy igual o actúo, sin darme cuenta, de forma semejante (no es fácil reconocer aquello en lo que necesito mejorar). Las relaciones humanas están destinadas a ayudarnos a crecer interiormente. Aprovechemos la oportunidad que se nos brinda cada día.
- Esas oportunidades son las que nos hacen llegar a “puerto”. En este trabajo, en la biblioteca, ante esas oportunidades que el “otro” nos ofrece, podremos trabajar, por ejemplo, la paciencia. Paciencia para escuchar a los usuarios, paciencia para tratar con responsables municipales (que a veces necesitan tiempo para comprender en qué consisten las labores bibliotecarias), paciencia para llegar a los plazos que nos marcamos o nos marcan..., paciencia con nosotros mismos. Podremos trabajar la adaptabilidad, siendo conscientes de lo que nos rodea y aceptándolo, pero sin resignación, identificando lo que es nuestro y lo que no. Podremos modificar lo nuestro, y tendremos que respetar lo que no lo es, posicionándonos de una forma que no nos afecte negativamente. Como en la Vida, la sensación de libertad vendrá, como si se tratara de un concepto de doble cara en las que ambas son inseparables, a partir de la responsabilidad. Ser “responsable” significa “ser capaz de dar respuesta” y, en principio, todos somos capaces de responder. Si la respuesta es válida, habremos aprendido. Si no es válida, habremos aprendido aún más. Aceptar mi *responsabilidad* es no dejar en los demás las respuestas que solo yo puedo dar, y eso me hará sentir libre, porque nadie habrá decidido por mí. Podremos trabajar en nuestro empeño estas y otras muchas cualidades, que están en nosotros a la espera de una toma de conciencia que nos haga ponernos manos a la obra. No desaprovechemos, por tanto, las oportunidades.
- La biblioteca se asemeja a una zona de cultivo. Es fundamental *sembrar*. A veces hallamos semillas que plantamos y no germinan, o no germinan cuando tenemos previsto. A veces plantamos semillas con un potencial tremendo que se secan antes de germinar. Otras veces plantamos semillas medio secas, con unas condiciones ambientales pésimas, y germinan milagrosamente. Como el campesino, tendremos que estar ahí llueva o truene, haga frío, o el calor del sol nos moleste... La perseverancia es imprescindible. Es una actitud de gota

a gota para conseguir una jarra llena o un estanque o un océano. El universo, a cambio, premia esa actitud. Son premios sutiles, hay que saber reconocerlos, y son entregados cuando menos se esperan. Pero llegan. Al igual que la responsabilidad se adhiere recíprocamente a la libertad, como antes decía, la felicidad se adhiere al esfuerzo. Solo con el esfuerzo, nos sentiremos felices. ¡Comprobado!

- Aunque siempre haga falta financiación para esa metafórica siembra que permita conseguir logros, considero que el que no haya presupuesto en la biblioteca no es excusa para no hacer cosas. Ese hecho puede ser una justificación, un argumento, para hacer unas tareas y no otras, o hacerlas con menor alcance. Pero no una razón para no hacer nada... El dinero que empleamos en la biblioteca no es de nuestro bolsillo, evidentemente, sino que procede de todos los ciudadanos, y es esta una realidad que no todo el mundo conoce, especialmente los niños (he podido comprobarlo una y otra vez en las visitas escolares), por lo que hay que insistir recordándoles, siempre que se pueda, que la biblioteca no es “gratis” (en el sentido de que lo “gratis” tiene menos calidad o que podemos derrocharlo), sino que la biblioteca, como entidad pública, paga, con los impuestos de todos, los servicios que, en principio, no cobra al usuario. De modo que lo poco o mucho que tengamos en la biblioteca debemos aprovecharlo al máximo y de la mejor forma, tanto por parte del bibliotecario como por parte del lector. En este sentido, es interesante reparar en los recursos que tengamos, de cualquier tipo. Muchos de ellos pueden parecer que no sean válidos, pero podemos transformarlos para que puedan serlo. Hay que conocer el entorno, por supuesto, descubrir con qué cuenta el municipio, pero también hay que contar con lo más cercano a nosotros mismos, y desde esa cercanía expandirlo a contextos más amplios, en especial si el bibliotecario no cuenta, como puede desgraciadamente ocurrir, con un presupuesto mínimo para su labor.
- Al tener la posibilidad de tutorizar una asignatura de una alumna del Grado de Pedagogía, he podido comprobar, con una óptica de investigación, cómo en la biblioteca educamos inevitablemente. Es algo obvio, pero he podido verlo con mayor profundidad. La conclusión es que ese “educar” desde la biblioteca debería ser en el sentido etimológico de la palabra: como sinónimo de “guiar”. Guiamos de mil formas: desde cuando señalamos dónde están los libros de Arte, cuando pedimos silencio, cuando nos visitan los escolares, cuando redactamos las normas de comportamiento, hasta cuando los usuarios rellenan un formulario, y mil formas más... Incluso en ocasiones desarrollamos auténticas labores de Pedagogía. Todo esto significa que la biblioteca puede ayudar a la sociedad a mejorar. Y puede hacerlo desde cualquier materia, desde cualquier temática, porque sus obras alcanzan todo el conocimiento de la Humanidad.

Y puede hacerlo a cualquier nivel porque sus usuarios son heterogéneos: distintas edades, niveles de lectura, formaciones académicas, experiencias, procedencias, costumbres, formas de entender la vida, incluso diferentes formas de percibir la biblioteca y expectativas al hacer uso de la misma... Ante tanta diversidad, es un auténtico reto.

- Hay tareas bibliotecarias en las que nos sentimos más realizados que en otras. Cuando la biblioteca la lleva una sola persona, inevitablemente habrá de realizarlo todo. Pero cuando es un equipo, este debe permitir que cada individuo se defina, reconozca sus fortalezas y debilidades, con humildad y sinceridad. Cada uno ha de *ofrecer* lo que mejor haga, procurando también permitirse o invitarse a desarrollar aquello por lo que no se siente atraído, teniendo en cuenta que habrá alguien que le ayudará si se equivoca. Ensayo-error. No hay otro modo de aprender.
- En la biblioteca lo fundamental, por encima de todo, es el *Amor*. El Amor es algo esencial y trascendental. Es la energía que mueve el mundo, por eso es el ingrediente principal en la biblioteca. No es solo el amor a los libros, como pudiera pensarse. Es el amor a lo que uno hace. Es creer en lo que uno proyecta, desear lo que ha previsto. Es dar entrega absoluta a cualquier gesto, a cualquier acción. Tener voluntad, en definitiva. En español el verbo “querer” a veces no expresa contundencia. A veces decimos “quiero”, como cuando decimos “quiero ir al gimnasio”, pero en realidad lo que estamos diciendo es “quiero *querer* ir al gimnasio”, porque finalmente no voy, no piso el gimnasio, por tanto “no quiero” ir de verdad. Sin embargo, el verbo latino “*volo, vis, velle, volui*” expresa ese “querer de verdad”, y de ahí procede la palabra “voluntad”. A ese significado me refiero. Es más, si miramos un diccionario, “amor” y “voluntad” aparecen como sinónimos. Cuando nos disponemos a actuar con voluntad, queriendo de verdad, el universo entero se confabula para facilitar el resultado. Demos a nuestro trabajo, por tanto, una buena dosis de voluntad, de afecto, de dedicación, de Amor en definitiva. Además, esto entraña una paradoja que nos favorece: cuanto más Amor se da, más se recibe para seguir dando. Exactamente igual ocurre en nuestra vida personal. Es cuestión de ponerlo en práctica.
- Por último, y en relación con el punto anterior, los bibliotecarios necesitan continuar formándose. No de una forma mecánica, con la única finalidad de engrosar un curriculum, sumando el número de horas desesperadamente, que puede ser interesante para promociones o cambios laborales, pero no es suficiente. Sería bueno pensar en formarnos para mejorar no solo en nuestro trabajo, sino también en aquello que nos gusta, formarnos, por tanto, en otras materias, en otras áreas que nos interesan, aunque estén aparentemente muy alejadas de nuestra profesión. Todo, absolutamente todo lo que aprendemos

lo aprovechamos en un momento posterior de nuestra vida, y donde más lo aprovecharemos posiblemente sea en la propia biblioteca, porque es un ente tolerante y dinámico. No ignoremos estas cualidades de nuestra biblioteca y mimetizémonos con ella.

Este es mi decálogo resumido.

Antes de finalizar quiero agradecer a todas las instituciones y personas, que de un modo u otro, han colaborado para que esta biblioteca haya tenido, y siga teniendo, su particular historia, su biografía única:

- A los políticos que apostaron por su creación y mantenimiento, tanto a nivel local, como provincial y autonómico, y a los que siguen apostando actualmente.
- A los compañeros de profesión, bibliotecarios que trabajaron en esta biblioteca, y a los que trabajan en otras pero que hacen que seamos una Red.
- Al Departamento de Servicios Bibliotecarios (que entonces se llamaba Centro Coordinador) por ser guía en un camino que me resultaba agreste cuando empecé, y que aún hoy plantea dudas que necesitan resolución. Me permito nombrar a María Luisa Torán, directora del Centro durante una larga temporada, a la que personalmente considero mi “Maestra” por tanto, por todo.
- A la Asociación Andaluza de Bibliotecarios, por lo que aportan a nivel profesional, formativo y personal, mencionando a su anterior presidente, Antonio Martín Oñate, por su apoyo en aquellos durísimos días posteriores al incendio.
- A mi equipo de trabajo, mis “niñas”, como yo las llamo, porque cada una aporta lo mejor de ellas mismas, con idéntica ilusión desde hace muchos años.
- A los lectores usuarios de esta biblioteca, porque sin ellos la biblioteca sería un ordenado almacén de libros sin alma y sin corazón.

¡Gracias!

Hay cierto paralelismo en mi vida con el ritmo de la biblioteca: entré con 25 años, y ahora cumpla 50. La mitad de mi vida... la vida hasta ahora de la biblioteca. Para el próximo veinticinco aniversario, si la Vida me lo permite andaré por aquí, pero, eso sí, ¡jubilada! Y estoy segura de que escribiré otro artículo. Hasta entonces seguiré trabajando, hasta entonces seguiré viviendo.

reportajes

opinión

Redes sociales

actualidad

bibliobuses

públicas

entrevistas

escolares

universitarias



Suscríbete

952 23 54 05

www.alonsoquijano.org

belen@alonsoquijano.org